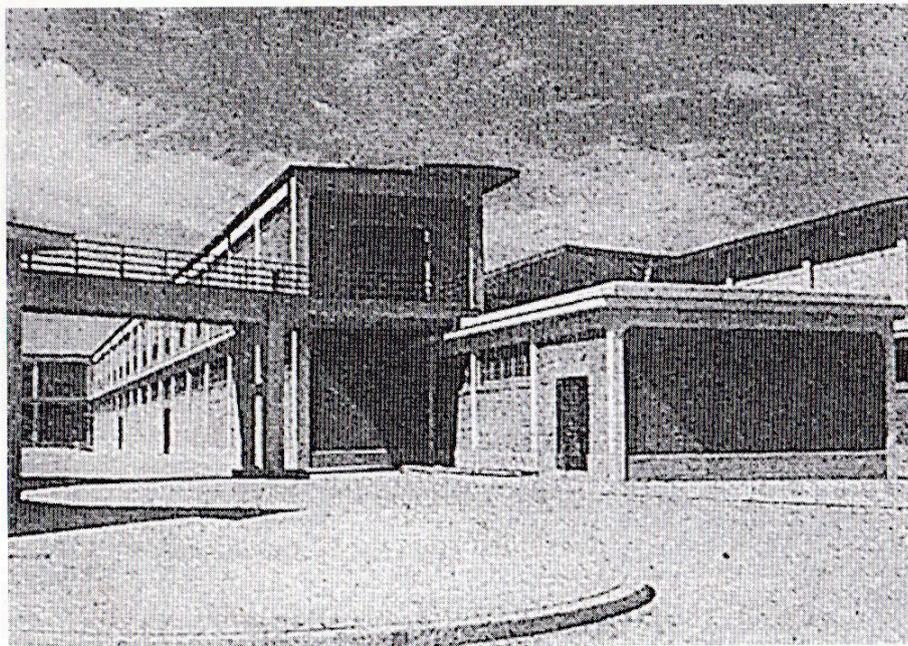


EL MERCADO CENTRAL DE FRUTAS Y VERDURAS

Francisco Javier Ferrero, Luis Bellido y A. Peña Boeuf. 1926-1935



Acceso. Estado Original

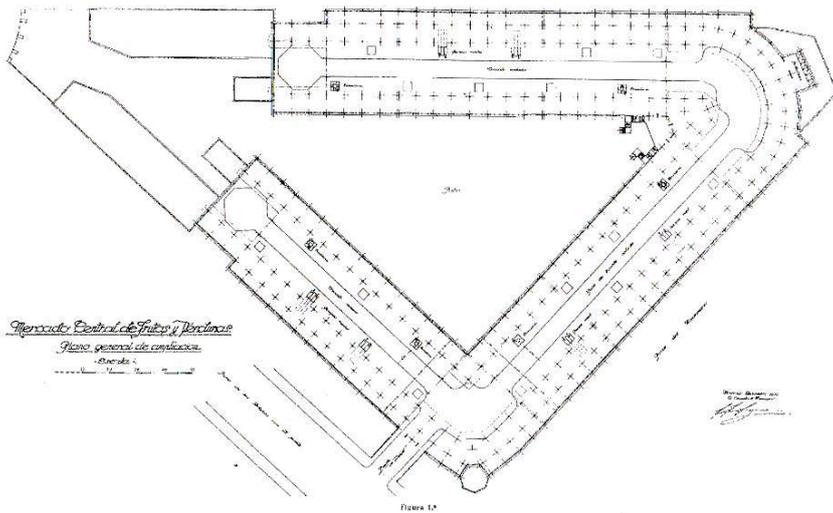
De nuevo corre peligro, al tratar de rebajarse su nivel de protección, otra de las mejores obras de Ferrero, en este caso la más esencialmente funcionalista de su producción

Cuando en paralelo al río Manzanares se recorre la zona sur de la M-30 en una u otra dirección, pero singularmente si se hace hacia el este, desde donde se goza de mayor perspectiva y adecuación cronológica, no deja de sorprender, por muchas veces que se repita el trayecto, uno de los más singulares conjuntos de la arqueología industrial es-

pañola, y sin ninguna duda el mejor de Madrid, ligado a la memoria colectiva de sus habitantes: Matadero, mercados, estaciones y edificaciones complementarias, todas ellas plenas de serena belleza y que aún ofrecen la imagen llena de fuerza y poderío de lo que un día no muy lejano constituyó, con la vitalidad y las palpitaciones de un corazón, el auténtico aparato digestivo o granero de la ciudad, levantándose sobre unos terrenos que, allá por el medievo, ya eran propiedad comunal y constituyeron la antigua Dehesa de la Arganzuela.

La secuencia más o menos homogénea de construcciones de estilo neomodéjar, conjunción de hierro, piedra y ladrillo, o de hierro y cristal, tiene su broche de oro, al otro lado del puente de la Princesa, en el interminable Mercado de frutas y verduras, fiel testimonio, como aquéllas, de un tiempo en el que la arquitectura quiso situarse en la vanguardia de la sociedad y no a su remolque; pero precisamente porque se situaba a su servicio se depositaba en el terreno sin alharacas, como si siempre hubiese estado allí, permitiendo por encima de todo el cumplimiento de la función para la que había nacido. De este modo, ahora con el hormigón armado por protagonista, Francisco Javier Ferrero buscaba plasmar las mismas premisas que Luis Bellido se había planteado en el Matadero y Mercado de ganados (1910-1928): "la lógica disposición estructural y el racional empleo de los materiales con arreglo a clima y función", en palabras de Fernando Chueca. "El antecedente inmediato de la renovación arquitectónica de los años veinte", según J.R. Alonso Pereira, encuentra su correlato, pues, en el contiguo Mercado de frutas y verduras que hoy se pone en cuestión por los actuales administradores municipales, los mismos a los que debe aplaudirse por su empeño en la puesta en valor de una parte considerable de este conjunto, pero a los que debe igualmente reclamarse que sean firmes custodios de la totalidad, en la que la obra de Ferrero se incluye por derecho propio.

"No deja de llamar la atención que los propios servicios de arquitectura del Ayuntamiento de Madrid se empeñen en destruir lo mejor que han producido en su historia. Los mercados que se levantaron de la mano de Francisco Javier Ferrero en los años 30 están entre lo mejor que la arquitectura oficial madrileña haya producido nunca"
Enrique Domínguez Uceta



Mercado Central de Madrid y Periferia
Plano general de construcción
Escala 1:1000

REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS

Planta general

Francisco Javier Ferrero y Llusía: una vida corta (1891-1936) y una obra intensa

Nacido en Madrid en 1891, este singular arquitecto se tituló en la Escuela de Arquitectura de la capital en 1916. Su talante se formó en el seno de una familia de arquitectos y desde 1921 ejercerá como técnico municipal en el Ayuntamiento de Madrid, donde gestará lo mejor de su obra sobre la base del "Plan General de Mercados", rotos ya los lazos profesionales de índole familiar que marcaron sus primeros pasos y contradicciones. La presencia e

impulso de Luis Bellido forjarían sus cimientos, junto a la colaboración con otros técnicos, especialmente con el ingeniero Peña Boeuf. Así desembocaría en la irreductible modernidad de su obra y en el equilibrio de su personalidad creadora. Su fugaz periplo por la vida, atormentado por los malos vientos intuibles desde la dolorosa, pero explicable esquizofrenia de sus primeras producciones, llega a su cénit en 1936 entre el olor a pólvora de los primeros días de la guerra civil, mermadas sus facultades mentales.

Las referencias a Ferrero acentúan en ocasiones sus obras más signadas por los aires regionalistas de las primeras colaboraciones con su padre (Casas de Correos en Vitoria, 1919, Alicante y El Ferrol, 1920) o las sospechosas debilidades eclécticas e historicistas de algunos trabajos llevados también a cabo con su hermano Luis (casas madrileñas del Hostal Embajada, en Santa Engracia, 5, 1919-1921; calle Goya, 77, 1922; calles Francisco de Rojas, 7 y Alberto Aguilera, 58, ambas en torno a 1925; o el Patronato de enfermos en Santa Engracia, 11, 1921-1924, curiosamente ejemplos todos de magníficos chaflanes), de los que se despega el espléndido edificio de la calle Cedaceros, 4 (1926-1928), que entrecruza los acentos déco con el cariz racional-expresionista de la Escuela de Amsterdam. Pese a todo, en ellos destacan el cuidado y la sencillez de las composiciones y la riqueza estructural, así como el perfecto dominio de los materiales con una especial atención por sus texturas y combinación cromática, lo que le reportará un espléndido bagaje para obras de mayor compromiso con las corrientes racionalistas centroeuropeas, desde actitudes no escolásticas y bajo el caparazón de aquella apologética condición estructuralista que auspiciaría la tecnología del hormigón armado, en cuyo seno alumbró obras tan significativas como la Imprenta Municipal, en la calle Concepción Jerónima (1933) y la serie de los mercados madrileños, para culminar en el Viaducto, síntesis constructiva realizada en colaboración con los ingenieros Aracil y Aldaz, según el proyecto ganador del concurso convocado en 1934 para realizar la monumental puerta de acceso al casco antiguo de la ciudad, agudizando la ya antigua querrela entre el Art Déco y el Racionalismo que Ferrero procuró abandonar a partir del mercado de Olavide en aras de una mayor pureza funcionalista.

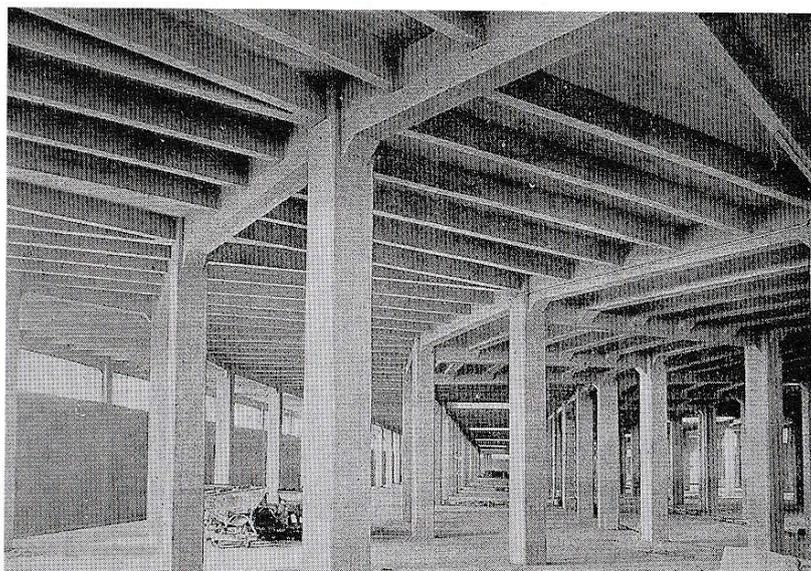
Los mercados de Madrid

Los mercados madrileños fueron una asignatura pendiente de la ciudad desde que en 1835 se decidió sustituir la desperdigada y anárquica distribución de puestos de venta por la agrupación de los mismos en unos recintos organizados y cubiertos. Pese a que el corregidor de Madrid, marqués viudo de Pontejos, intentó globalizar la idea con la creación de una Comisión Especial de Mercados, lo cierto es que faltó un auténtico plan de conjunto y fueron pocos, y por goteo, los construidos a lo largo del siglo XIX (San Ildefonso, Cebada o Mostenses).

Será en los fértiles años veinte y treinta, tras la realización de su gran obra del Matadero Municipal en el paseo de la Chopera, cuando Luis Bellido, a la sazón jefe de los Servicios Técnicos Municipales de Arquitectura, plantee el Plan General de Mercados de Madrid (1927-1935), tanto centrales como de barrio, que será desarrollado en perfecta sintonía con él por sus ayudantes Francisco Javier Ferrero, Leopoldo Ulled y Adolfo Blanco. Su importancia en la capital es paralela a la que representaría la actividad de Bernardo Giner de los Ríos al frente de la Oficina Municipal de Construcciones Escolares.

Los "nuevos mercados madrileños... serán como conjunto una de las obras más significativas del periodo de la Segunda República"
 José Ramón Alonso Pereira

Bellido y Ferrero son por tanto protagonistas de una generación paradigmática de arquitectos al servicio de la función pública, que supo legar con su obra el más apasionado compromiso con la modernidad arquitectónica de los años treinta. En concreto, Ferrero forjaría con sus mercados (Olavide, 1931-1934, Central de pescados, 1931, y Central de frutas y verduras) una auténtica revolución en un área dotacional de ancestrales raíces en las arquitecturas industriales europeas decimonónicas, siendo reconocido en ámbitos internacionales como un auténtico renovador de esta tipología. Bajo los auspicios del higienismo, la austeridad constructiva, el protagonismo de la estructura, la renuncia a la apología de la forma y a la supremacía de las banalidades decorativistas, desde una asunción casi neoplatónica que identifica idea y forma, desde un credo racionalista inteligente y sensible, nacerán como frutos maduros e inolvidables estas tres muestras que constituyen su verdadera y definitiva herencia, ya irremediabilmente perdido en 1974 el de Olavide para dejar paso, en palabras de Domínguez Uceta, a "un aparcamiento subterráneo, sobre el cual ha quedado un solar inútil".



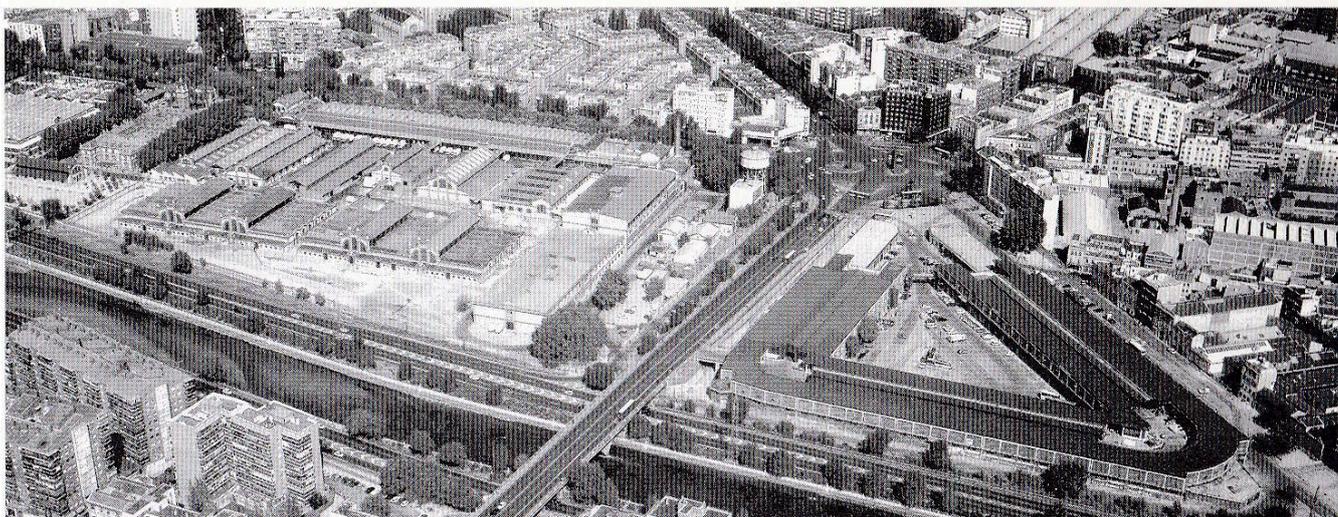
Interior de la planta baja. Estado original

El mercado central de frutas y verduras

Más allá del encantamiento producido por la sedimentación de cornisas en el bello cuerpo poligonal, centrífugo y estratificado, del Mercado de Olavide, que abordaba la racionalidad desde una peculiar génesis orgánica, el Mercado de la plaza de Legazpi parece germinarse, pese a la obvia explicitud de sus trazas, desde premisas más intrincadas. Generado desde el embrión de un módulo cuya sección, un pórtico de seis crujías, se desarrolla linealmente por adiciones en un crecimiento virtualmente indefinido, produciendo en consecuencia inacabables fugas longitudinales, cierra una inmensa manzana triangular abierta por el vértice más ambiguo y retórico de la embocadura trapezoidal a la no menos ambigua plaza de Legazpi, comunicando ambos extremos por un escueto paso elevado que aún persiste con ligeras modificaciones.

Tal pórtico se trasvasa con veracidad casi brutalista a la imagen exterior, que, en una especie de apología de la osamenta estructural, se plasma, como un esqueleto de hormigón a dos alturas y con la sutil e insistente presencia de mínimas ménsulas bajo las vigas adinteladas, en una secuencia cuyo paso al límite pareciera ser la negación de la fachada, vocación clasicista de ser tan sólo, cual templo períptero, la expresión elocuente de una pura y elemental estructura que se reprodujera a sí misma para cubrir de la forma más económica posible, pero sin renunciar a la belleza, el espacio dilatado de una triangular cinta sin fin, la cual no obstante evidencia su testero, como la radiografía de su sección, en el vértice urbano de la plaza, donde la altura se reduce a una planta. Entre el marco estructural de hormigón del módulo base surge el neutro y funcional cerramiento de ladrillo visto, rematando la composición el hueco rectangular del piso superior que horada el muro y las corridas franjas abiertas bajo los dinteles de hormigón, insistente línea de sombra que aún resalta más el papel protagonista de la estructura. La composición de masas se culmina finalmente con la sutil solución del vuelo de las cornisas impostadas entre ambas plantas y los aleros en pronunciado vuelo de las naves del piso alto, eficaz maridaje entre la identidad estilística del edificio y la exploración de los límites formales y estructurales del hormigón armado. El rigor sin límites de Ferrero le lleva a pensarlo todo: luz, ventilación y limpieza parecen ser la génesis de la idea que llega a extremos consecuentes en el empleo y adecuación de los materiales. Todo debía favorecer la diaria puesta a punto pa-

"La sencillez ha presidido la ordenación y construcción de los nuevos mercados, hasta tal punto, que ha roto con todos los viejos moldes, dando lugar a una orientación fuertemente original. Aun los modernos y más perfectos mercados del extranjero no han podido desprenderse de la magnificencia. Los madrileños se han edificado no para asombro del público, sino para su servicio"
Javier Ferrero



Visión del conjunto con el Matadero Municipal. Estado actual

ra el dinámico flujo del funcionamiento de estas instalaciones, desde el color verdoso de los vidrios hasta la consistencia del hierro en los huecos. Por otra parte, dada la escasa consistencia del terreno, se debió recurrir a una cimentación de placas de hormigón armado.

En contraste con la rutilante epopeya de este material que es el Viaducto, en el Mercado de frutas y verduras anida un pudoroso poema, horizontal y callado, que reposa en el desmesurado patio, claustro triangular cuyo silencio habría de quedar interrumpido por el estruendo y la dinámica del tráfico de mercancías en el hervidero habitual de los asentadores.

Y es que debe hacerse referencia a la inequívoca dimensión urbana del edificio y a su condición de arquitectura en el paisaje, hoy sobresaturado. Marcado por su emplazamiento al borde del río y junto al puente que prolonga el paseo de las Delicias, en su día se hallaba íntimamente articulado con los accesos perimetrales de la red ferroviaria de mercancías, que penetraban en las crujeas exteriores. De igual modo, con un engranaje perfecto, se facilitaba la llegada de carros y camiones hasta el interior de las naves en ambas plantas, asegurando su funcionamiento como un auténtico muelle de carga y descarga, razón última de ser de un gran mercado central, construcción civil generada desde similares postulados a los que anidaban en el esquematismo estructural de la Estación de Servicio de los Bulevares madrileños de Casto Fernández-Shaw, de 1927, tal como apuntan M.Á. Baldellou y A. Capitel.

Por ello, y pese a las aparentes e incontroladas tareas de transformación o reforma que se han operado en las alas bajas, alejadas del espíritu y la forma iniciales, el edificio se ofrece en toda su potencialidad como soporte y cobijo de las más variadas actividades, pero siempre sin renunciar a su presencia en este conjunto industrial a los pies de la cornisa histórica de la ciudad, del que constituye pieza imprescindible y preciada.

Texto: María Cristina García Pérez. Comisión de Patrimonio. Noviembre de 2000

Foto actual de Paisajes Españoles. Fotos antiguas de José Latova sobre originales de las revistas Arquitectura y de Obras Públicas

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA SOBRE EL ANTIGUO MERCADO CENTRAL DE FRUTAS Y VERDURAS DE MADRID

- ALONSO PEREIRA, J.R.: *Madrid 1898-1931, de corte a metrópoli*, Madrid, Comunidad de Madrid, DL 1985, págs. 141-142, 166-168
- BALDELLOU, M.Á., y A. CAPITEL: *Arquitectura española del siglo XX, en SUMMA Artis, Historia General del Arte, vol. XI*, Madrid, Espasa Calpe, 1995, págs. 227-230
- CORTÉS VÁZQUEZ DE PARGA, J.A.: *El racionalismo madrileño*, MADRID, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, Comisión de Cultura, pág. 208
- DOMÍNGUEZ UCETA, E.: "Objetos [arquitectónicos] casi perdidos", *El Mundo* (Madrid), (21.10.2000), Madrid. La mirada del arquitecto

- FERRERO, J.: "Nuevos mercados madrileños", *Arquitectura* (Madrid), núm. 4 (jun. 1935), 115-124
- "MERCADO de Legazpi", CAU (Barcelona), 33 (sept.-oct. 1975), 108, *Arquitectura en peligro*
- "NUEVOS mercados centrales en Madrid", *La Construcción Moderna* (Madrid), XXXIII, núm. 10 (15.05.1935), 73-74
- PEÑA BOEUF, A.: "El mercado de frutas y verduras de Madrid", *Revista de Obras Públicas* (Madrid), LXXXIII, núm. 1 (01.01.1935), 12-15
- URRUTIA NUÑEZ, Á.: *Arquitectura española. Siglo XX*, Madrid, Cátedra, DL 1997, págs. 297-301